**Domingo 34º del Tiempo Ordinario (20.11.2016): Lucas 23,35-43**

***‘Si tú eres el Rey…’.* Creo que no fue Rey y lo quiero escribir ¡CONTIGO!**

Para la Religión católica, apostólica y vaticana el año 2016 de su era, llamada ‘después de Cristo’, se acaba el domingo día 20 de noviembre. En las liturgias de este final del año se leerá un trozo del Evangelio de Lucas: *“Estaba el pueblo mirando. Los magistrados hacían muecas… Los soldados se burlaban de él… Uno de los malhechores le insultaba…* (23,35-43).

Con estas palabras se acaba la lectura de este Evangelio en la Iglesia. Alrededor de un tercio del texto de Lucas se quedó en el olvido y en ningún momento se nos invitó a leer ‘ordenadamente’ el relato como así lo había dejado escrito explícitamente su autor (1,1-5). Pasados dos años, se nos volverá a proponer la lectura de este Evangelio. Y aunque llegue una renovación litúrgica no se cambiará nada de esta desgraciada pedagogía de la comprensión de la Buena Noticia de Jesús. Ésta es la mejor manera de permanecer en el desconocimiento del hombre de Galilea, el laico y sabio y profeta llamado Jesús de Nazaret.

Esta Iglesia, tan institución de personas de carne y hueso como cualquier otra, decidió en su día cerrar su año con la celebración de una blasfemia: proclamar (que es como decirlo más alto que se pueda) que Jesús de Nazaret fue y sigue siendo ‘Rey’. Hasta existen colectivos que se denominan ‘Cristo Rey’, ¡CRISTO REY! En ningún lugar en los Evangélicos se le confiesa REY a aquel hombre de Galilea. Es más, prohibió que se le proclamara rey-mesías (Mc 8,27-30).

En este sentido, el mensaje de la lectura de Lucas no puede ser más claro y explícito. Jesús no tiene ni una pizca de rey. Nada en él existe que nos evoque la imagen de la realeza. Y menos, aquella realeza que adornaba la identidad del Dios Yavé y de la que hablan tan explícitamente los llamados Salmos de la Realeza de Dios (93-99, entre otros). En la eucaristía de las veinticuatro horas de este domingo voy a meditar seriamente en las implicaciones de la petición que Lucas pone en labios del llamado ‘ladrón bueno’: “*Acuérdate de mí, Jesús, cuando vengas como rey”* (23,42).

Llevamos más de veinte siglos de historia y nada se ha sabido ni de la llegada-venida de ese Jesús muerto y sepultado ni de su identidad de poder real puesta en práctica. Mucho me estoy temiendo que mis conclusiones vayan por los caminos del pensar que esta identidad real de Jesús de Nazaret sea una más de las vestimentas que las gentes de la iglesia le hemos colgado a ese hombre sabio y profeta (Lucas 4,14-30, que ya he citado en seis ocasiones en estos comentarios) que fue el nazareno de Galilea. Laico y con el único sacerdocio de ser persona.

Me parece bien que haya gentes de iglesia que sigan manteniendo esta fiesta tan blasfema de llamar y confesar rey a Jesús de Nazaret. A este absurdo engaño es a lo que conduce una Religión que mantiene sin criterio crítico una traidora tradición religiosa. Y tan traidora llega a ser esta verdad del magisterio que la realeza del crucificado Jesús está presente desde su mismo nacimiento. ¿Cuántos lienzos y pinturas podrían enumerarse con la figura de Jesús niño y su corona de rey junto a su madre reina y coronada? ¡Qué bien lo sabe esa imagen real y de reyes llamada ‘el niño Jesús de Praga’! Creo que cuánto más preciosa y valiosa es esta tradición real, más se devalúa y pervierte la realidad de la Buena Noticia que fue Jesús de Nazaret.

**Domingo 52º del Evangelio de Juan (20.11.2016): Juan 21,1-25**

***Todos sabrán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros*. ¡El AMoR es AMaR!**

El capítulo vigésimo primero del Evangelio de Juan es su, actual, última página. Digo ‘actual’ no por el tiempo, sino porque siempre se ha conservado el texto de este capítulo, aunque una buena parte de los exigentes estudiosos de este Evangelio estén convencidos de que se trata de un añadido al relato original del Evangelio. Nadie llegará a saber por qué razón se hizo así.

El dato que más y mejor denuncia esta opción es el muy semejante final de estos dos últimos capítulos del relato de Juan. Los transcribo aquí para que cuando leas despacio no dejes de preguntarte por todo cuanto te sorprenda: *“Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido narrados en este libro…”* (20,30-31). *“Este es el discípulo que da testimonio de todas estas cosas y las ha escrito. Y nosotros sabemos que dice la verdad. Jesús hizo otras muchas cosas, si se pusieran todas por escrito, pienso que ni en el mundo entero cabrían los libros”* (21,2425).

Comento, a modo de primer ejercicio, una de las cosas que más me sorprenden cuando leo estos finales de capítulo y de Evangelio. Entiendo que hay tres ‘personajes’: el discípulo que da testimonio y ha escrito; ese nosotros que lee y constata la verdad de lo contado y escrito; y por fin esa indefinida persona que está detrás del verbo ‘pienso’ y que apunta a que es ella quien ha escrito o completado lo anteriormente escrito y que a su vez está invitando a que otros muchos lectores-seguidores de Jesús sigan escribiendo de él o hablando de sus ‘cosas’.

A la luz de este último sentido, me atrevo a decir que cuantos han compartido sus comentarios de este Evangelio a lo largo de los veinte siglos de historia post-Jesús de Nazaret han realizado una tarea semejante a la que creó el o los autores de este llamado ‘Cuarto Evangelio’. Incluso este mismo comentario que he escrito y que has leído hasta aquí forma parte del Evangelio de Juan. En todos estos testimonios, recuerdos escritos, memoria actualizada de los orígenes, datos de la historia o creencias imaginadas… en todos estos signos ‘vive’ el muerto y sepultado Jesús de Nazaret. Y esta es su resurrección auténtica. ¿Y no hay otra, más corporal o biológica, mística, espiritual, simbólica o transcendente…? No lo sé y creo que nadie más sabe nada.

Aquellas gentes del entorno de la vida de Jesús, las siguientes que sólo oyeron hablar de él y hasta nosotros que leemos contemplativamente crítica toda esta historia y tradición de dichos y hechos del hombre de Galilea llamado Jesús de Nazaret somos los responsables de su resurrección. Incluso, esa ingente cantidad de vivientes que nunca supieron nada de este hombre del judaísmo de aquel siglo primero y que vivieron-viven-vivirán ese ‘amaos unos a otros’… ¿No es toda esta muchedumbre de humanos y de humanidad la responsable de la llamada resurrección de Jesús?

Agradezco a la persona, ese sujeto del verbo ‘pienso’ (Juan 21,25), que nos haya escrito la aparición, primera y única, de Jesús en Galilea (21,1-25) y que sea ésta la última que medite-mos sus lectores. Fue en esa Galilea y entorno a su enorme Lago donde se sembró la vida y el mensaje de este hombre: ***amaos unos a otros*** (13,35). Y en esta experiencia del amor perma-nece y vive él y todos. Siempre. ¿Amar es resucitar? ‘Pienso’ que sí. **Carmelo Bueno Heras**